

Autorretrato del ángel caído

Begoña Méndez

Puede que el nombre de Emmy Hennings (1885-1948) les suene por haber sido fundadora del Cabaret Voltaire y del movimiento Dadá en el Zurich de 1916. Tal vez la conozcan en su condición de musa inspiradora: la puta y la santa de las vanguardias europeas, la esposa del poeta Hugo Ball. Quizás han visto las imágenes en sepia de su belleza portentosa y han sentido el impacto de sus enormes ojos alucinados o han reconocido en su boca entreabierta el estupor que produce la conciencia de estar viva. Y, sin embargo, no basta para comprender la magnitud de su obra ni de su vida, ni sirve para concederle su merecido lugar en la única historia de la literatura que me interesa hoy: aquella que sitúa en su centro las obras más salvajes de las autoras más valientes y marginales. La artista alemana escribía herida y harapienta, con el estómago vacío y con la convicción de que vivir es sacar hielo de las llamas, caminar sobre brasas, abrazar la tierra. Sentir que “si uno cae, cae con él el mundo al completo” porque “la sangre derramada de una persona incrimina a toda la humanidad”.

En *Cárcel*, escrita en 1919, Hennings testimoniaba sus dos meses entre rejas, condenada por hurto y prostitución, para denunciar un orden burgués “diabólico” que castiga la pobreza y condena la diferencia. Pese a las vejaciones y el dolor, *Cárcel* es la defensa rabiosa de una sororidad verdadera y honda, la declaración de un amor insólito hacia toda la humanidad. Su mirada duele mucho, pero a cambio convierte el mundo en un lugar más digno y habitable: un milagro que en su segunda novela se hace aún más prodigioso. Escrita en 1920, *El estigma. Un diario* es de nuevo un relato autobiográfico; sin embargo, aquí no está encerrada tras los muros del presidio, sino sometida a su implacable pulsión de libertad. La autora reconoce “que nunca podría encajar en ningún sistema”, sabe que no tiene casa ni patria y que su lugar es la Tierra entera: de ahí su nomadismo obcecado, su gigantesca sensación de soledad; su incapacidad para asimilarse al orden biempensante, la condena al hambre y al frío, la humedad atravesándole los huesos, las blusas demasiado grandes y los jerséis demasiado pequeños. Desprecia el dinero, pero necesita el pan. Como no soporta la idea de un trabajo *decente*, prefiere vender su pelo, su voz o su carne y sal-

vaguardar el alma, reservarla a profesiones importantes: respirar y vivir, ser crisálida en constante transformación, dejar crecer sus cabellos y entregarse por completo a los otros porque, como ella misma afirma, “donde algo ocurre, me concierne”.

El estigma es una escritura de noches turbias y de bajos fondos; de fiestas para olvidar la muerte y de vino derramado. La intimidad de la autora tiene la textura del trance y la duermevela; sus confesiones son frías como sus manos heladas, famélicas como su estómago en ayunas, abiertas en canal por el escalpelo de su mirada poética. Del encuentro entre lo onírico y la plena conciencia de sí, emerge no solo su capacidad para diseccionar el mundo sino también un profundo sentimiento de hermandad hacia las mujeres suburbiales: “ESTOY ENTRE VOSOTRAS, QUE HABÉIS CONOCIDO EL MISMO HORROR QUE YO”. Pero su compasión es sobrehumana y se extiende a todo ser desclasado. Mujeres viejas bajo gruesas capas de maquillaje, poetas sin talento, prostitutas cadavéricas y tristes, bailarinas asesinadas a tiros, amigas en la morgue, un cliente con pata de palo, borrachos torpes, proxenetes flacos, hombres peligrosos: todos ellos son dignos de su amor, a todos entregaría su ser entero, subyugada por el valor que les otorga a los deseos ajenos. Nadie lo ve, pero todos la habitan y le cargan los hombros con sus contundentes pesos. Nadie lo sabe, pero todos son parte del dolor invisible que lleva incrustado bajo la piel.

En su personal descenso a los infiernos que es la vida, Hennings es una niña temblorosa y rota por la vergüenza, una mujer con los vestidos llenos de sangre, acosada por una “sensación indescriptible de ser menospreciada”. Vagabunda o puta, vendedora ambulante, trovadora o cabaretera, ella es siempre una mujer sola y culpable, expulsada de toda comunidad. Una artista profundamente afligida que, sin embargo, no cesa en su empeño de recuperar la fe, de encontrarse con dios y volver a su pureza primera de ángel recién caído. Bajo sus zapatos rotos no hay tierra sino fuego y por eso echa a correr con los pies heridos y el alma en vilo: una huida persistente hacia el paraíso perdido. Transita ciudades y pueblos, tugurios y praderas para encontrar el camino de regreso. “Nadie es tan fuerte para evitar la muerte”,



El estigma

Emmy Hennings

TRADUCCIÓN DE Fernando González Viñas

El Paseo (Sevilla, 2019)

288 páginas

20,95 €

Emmy Hennings, belle de jour antisistema y atrapada en sórdidos cabarets de su tiempo, hizo de su vida una acción artística vanguardista y compleja para acabar adivinando noticias de Dios en lo más profundo de su alma dispersa

anota en su diario; tal vez por eso, está dispuesta a entregar su cadáver a cualquiera para alcanzar su paraíso. Y es precisamente en su cuerpo violentado por el mundo, donde la autora descubre un espacio posible para recuperar la inocencia. Con su vestido de fiesta azul, acude a misa e hinca sus rodillas en la dureza de la piedra: absorta en su dolor y en su culpa, ahondada en su condición de mujer-estigma, se descubre hija de Dios. Humillada como una hoja de árbol en el suelo, Hennings alberga en su lúcida conciencia “el sufrimiento de toda mi clase” y se la stampa como herida incurable “para que nunca se pierda”.